

## BIRMANIA(2): TAUNGYII

Cuando al poco de salir de Rangún Shew detuvo la furgoneta frente a la entrada del cementerio donde reposan los restos de 27.000 combatientes británicos caídos en Birmania durante la segunda guerra mundial, lo primero que se me ocurrió fue lo mucho que aquella enorme extensión de prados, arriates y árboles altos y frondosos se parecía a un jardín inglés. Del conflicto, cuyas especiales características acabaron convirtiéndolo en una guerra dentro de otra, tenía yo una visión más bien difusa constituida en lo fundamental por los fragmentarios recuerdos de dos películas vistas en la adolescencia - “Objetivo: Birmania” y el “Puente sobre el río Kwai” - la segunda de las cuales, gracias a la interpretación de sus protagonistas, y muy en particular de Sir Alec Guinness, y de su pegadiza banda sonora, se me quedó grabada con mayor nitidez que la primera, hasta el punto de que, como me ha pasado otras veces, la historia misma de esa película (una coproducción británica-estadounidense de 1957, dirigida por David Lean y rodada entre el Reino Unido y Ceilán) acabó por suplantar en mi memoria a la peripecia narrada, por lo demás históricamente cierta y muy bien documentada de la construcción de aquel puente remoto. Los guionistas del filme (ganador de siete Óscar al año siguiente) fueron Carl Foreman y Michael Wilson. Estaban en la lista negra del senador McCarthy y tuvieron que trabajar en secreto por lo que su aportación no fue acreditada en la primera versión y el Óscar al mejor guión fue para Pierre Boulle, el autor de la novela. Solo en 1985, la Academia Norteamericana de Cine reconoció sus méritos y les otorgó un premio a título póstumo.

Mientras volvíamos a la furgoneta y yo les contaba todo esto a mis compañeros de viaje me dio por pensar en las decenas de miles de soldados japoneses muertos durante la guerra en distintos países de Asia, quienes difícilmente tendrían derecho a ser recordados como lo que en su mayoría fueron: carne de cañón de un régimen militarista y genocida que no les pidió opinión sobre la legitimidad de sus aventuras expansionistas. Recordé que, pese al tiempo transcurrido y a las reiteradas presiones internacionales en ese sentido, el gobierno japonés no había pedido perdón todavía por las atrocidades cometidas por sus tropas contra las poblaciones de los países invadidos, y en especial contra las mujeres. En su libro "En el Gallo de Hierro" Paul Theroux cuenta que durante su viaje en tren por China a mediados de los ochenta pudo comprobar como la palabra violador todavía se asociaba inmediatamente a japonés en el imaginario chino. Sin embargo, también me vinieron a la cabeza algunas películas norteamericanas recientes, donde los soldados japoneses no aparecían ya, siempre y en cualquier circunstancia, como seres crueles y desalmados sino que de vez en cuando padecían en carne propia las atrocidades de la guerra, lo cual dejaba aún más en evidencia si cabe a quienes los enviaron a la imposible conquista de Corea y Manchuria primero y del resto del Pacífico después. Como es sabido, Japón acabó pagando un alto precio por todo ello, el emperador había dejado de ser divino hacía décadas y las inversiones, empresas y productos nipones eran, en general, bienvenidos en la zona, pero muchas heridas por la guerra seguían todavía abiertas y se necesitarían, me dije, una o dos generaciones más para que cerraran. Si alguna vez lo hacían.

Los ochenta kilómetros entre Rangún y Bago consistieron en una sucesión de chubascos cortos e intensos, campos de arroz, palmeras, granjas de patos y filas de camiones, con más frecuencia parados a la espera de repostar combustible que en marcha. Shew nos explicó que las gasolineras del gobierno solo daban dos galones por vehículo (tres para los camiones) y el resto había que conseguirlo en el mercado negro, el cual consistía en una desmañada sucesión de tenderetes de madera y caña anunciados por banderolas de colores, en cuyos estantes se amontonaba un insólito surtido de bidones, cazos, embudos y tubos de plástico, un escenario muy distinto al de la Cuba por la que Pilar y yo habíamos viajado en 1996 y que era el otro país con el combustible racionado que conocíamos. Faltaban apenas cinco kilómetros para llegar cuando la policía nos advirtió que Bago se había inundado hacía dos semanas y la cosa distaba de estar resuelta. Entramos en la ciudad tras vadear durante casi media hora una enorme balsa de agua que atravesaba la carretera y en la que una heterogénea multitud de peatones, ciclistas, bueyes, caballos, motoristas, autobuses y camiones chapoteaba con diversa fortuna mientras una docena de pescadores provistos de cañas y redes trabajaba en lo suyo y observaba, impasible, la escena.

De Bago (más conocida como Pegu por los ingleses), una ciudad de 200.000 habitantes ya descrita por los viajeros árabes en el año 850, alcanzamos solamente a ver el templo del gran buda reclinado y la calle central. A la salida de la ciudad, aprovechando un claro entre dos aguaceros, Shwe paró la furgoneta y nos preparó lo que a partir de ese momento se transformó en una costumbre inolvidable: un tentempié de media mañana a base de té verde, bananas y galletas de sabores al que, para su personal

espanto - y el de su hermano que conducía - nosotros añadimos unos pedazos del queso manchego que, con las prisas, habíamos olvidado dejarle a mi hija en Bangkok. Ellos nunca antes lo habían visto y más que su sabor – pues no hubo forma de que accedieran a probarlo- les espantaba su olor.

De Bago a Toumgoo el paisaje mostró escasas variaciones: arrozales, ciénagas, palmeras, canales, chocitas de madera con techo de paja, puentes con peajes más o menos artesanales, pequeñas estupas doradas de cuando en cuando. Apenas circulaban vehículos privados y el tráfico lo componían, a partes iguales, decenas de ciclistas cubiertos con impermeables y blandiendo negros paraguas y una interminable sucesión de camiones chinos y japoneses cargados con grandes troncos de teca. A la salida de un puente vimos uno volcado en el arcén mientras una vieja grúa verde, que muy bien podía haber hecho la guerra, intentaba enderezarlo. Un poco más allá varias docenas de adolescentes uniformados salían, ordenados y limpios, de lo que sin duda era un centro de enseñanza cada uno empujando su bicicleta bajo la severa mirada de un policía. Según Shew la gran mayoría no había visto nunca a un turista. Nos paramos, Pilar y Martín les hicieron fotos y a continuación se acercaron para mostrárselas lo que originó el inevitable festival de sonrisas, gestos y exclamaciones. Los tres maestros que los acompañaban vestían limpias camisas blancas y longuis de color azul verdoso. Nos observaron recelosos y se mantuvieron aparte. Antes de acercarse, Pilar lamentó no haber traído caramelos o bolígrafos para regalar como era su costumbre pero aquellos muchachos se limitaron a disfrutar con las cámaras y las fotos y ninguno pidió nada.

Continuamos la marcha, amainó la lluvia y en el paisaje comenzaron a predominar los cañaverales interrumpidos de cuando en cuando por apretados grupos de altísimas palmeras. Las casas eran más grandes, con el techo de caña o de uralita y las paredes de palma trenzada. Vimos búfalos, cebúes y algunos chanchos negros y rosados. Muchas mujeres lucían saris de colores vistosos. Shew nos dijo que la población de esa zona descendía de trabajadores indios traídos por los ingleses a comienzos del siglo XX. Entramos en Toumgoo por un puente nuevo que discurría paralelo a otro de hierro, mucho más antiguo, sobre el que en ese momento pasaba un tren tan antiguo o más que el puente. Hasta donde alcanzaba la vista ambos puentes constituían el único modo de cruzar un río de mediana anchura cuyo caudal discurría violento y fuerte.

El hotel, una docena de pequeñas cabañas de madera en torno a otras dos de mayor tamaño, estaba a la entrada de la ciudad. Nos inscribimos, dejamos el equipaje en la recepción y volvimos a salir. Shwe nos llevó a un restaurante chino situado a la orilla del río. Estaba lleno porque, según nos dijo, la cocina era bastante buena y había dos grandes pantallas de televisión donde una cadena de Dubai ofrecía, una noche sí y otra también, los partidos de fútbol de la liga inglesa. Por lo que pudimos ver, la clientela la formaban en su mayoría gente de veinte y treinta con aspecto de tener algún dinero para gastar y bastantes ganas de juerga.

Durante la cena Shew nos contó que tenía cuatro hermanos (nuestro conductor era el menor de ellos y el único soltero), que todos vivían en Rangún y que ninguno había salido nunca del país. Él se había licenciado en Física pero nunca trabajó en eso. En la estación de las lluvias su hermano y él se

dedicaban a guiar pequeños grupos de turistas europeos por el país, y en la seca alquilaba sus vehículos a los profesionales, comerciantes y funcionarios que salían de Rangún para pasar dos semanas de vacaciones en la playa o en las montañas. Su hermano, de no nombre impronunciable, no hablaba una palabra de inglés. Solo sabíamos que se levantaba al amanecer para limpiar y poner a punto el vehículo y que era un conductor excelente. La expresión de su rostro permanecía fija desde el primer encuentro: más que inexpresiva traducía un permanente asombro.

De regreso al hotel, zapeé en el televisor de la habitación y conseguí sintonizar una cadena indonesia, una malaya, otra de Myanmar, una portuguesa y la francesa TV5. En la de Myanmar, N° 1 ó N° 2 condecoraban a unos nadadores recién salidos de una piscina de aguas densas y verdosas. Myanmar no había sido admitido en las Olimpiadas que ese verano se celebraban en Atenas y el Régimen había organizado las suyas propias. Los uniformes y medallas de los militares estaban limpios y relucientes pero las instalaciones deportivas parecían hallarse en un estado de conservación muy deficiente.

Al día siguiente, después de desayunar, dimos un breve paseo bajo la fina lluvia de la mañana. La ciudad ofrecía un aspecto calmado y pacífico pero Shew nos explicó que a dos años antes se habían producido choques muy violentos entre grupos de musulmanes y de budistas que habían obligado a intervenir al ejército. En ruta hacia Kalow el paisaje empezó a cambiar poco a poco: tierras más altas, menos arrozales y más plantaciones de cacahuetes, de caña de azúcar, de sésamo. A media mañana paramos en Saw para comprar mangostines (deliciosos) y durian (prohibido abrirlo en espacios cerrados por

su insoportable olor). Ya no llovía y a la derecha de la carretera vimos un cartel escrito en inglés y en birmano: "Solo la disciplina traerá el progreso" Firmaba el gobierno. Nos detuvimos en una aldeíta donde fabricaban muebles de bambú con métodos tan artesanales como de niño yo recordaba haberle visto usar a mi tío en su pequeña tienda del centro de Madrid. Y seguimos parándonos cada poco para que Pilar y Martín hicieran fotos a las cultivadoras de arroz, a los niños subidos en los carros, a los búfalos de las charcas, a las bicicletas y triciclos cargados hasta los topes. Con puntualidad británica, Shew detuvo la furgoneta bajo una hilera de *rain-trees* y montó el pic-nic de las once. Los conductores de los camiones y de los autobuses nos saludaban con la mano y hacían sonar sus bocinas. Cuando casi habíamos terminado pasó un hombre en bicicleta. Era un tipo delgado, casi famélico con las penalidades de su dura vida retratadas en la cara. En el sillín trasero llevaba a un niño de cinco o seis años envuelto en un plástico de color azul celeste. Al llegar a la altura de Pilar se giró hacia ella y, sonriente, preguntó: - ¿Happy? Y sin aguardar respuesta se alejó pedaleando sin mirar hacia atrás, mientras el niño sacaba la cabeza por el borde del plástico y la giraba de vez en cuando para observarnos. Poco después vimos varias filas de mujeres acucilladas en el arcén frente a grandes esteras llenas de hojas de té, chiles y cacahuets puestos a secar. Cuatro o cinco kilómetros adelante giramos a la derecha por una carretera secundaria en dirección al este.

El paisaje se tornó más árido, más cálido y más seco. Ya no se veían búfalos, solamente cebúes pastando en torno a diminutas aldehuelas formadas por unos cuantos cobertizos y algunas chozas de caña. Cruzamos un puente angosto sorteando un carro tirado por dos cebúes al que se le había salido una

rueda del eje. Al frente y a la izquierda, avistamos la blanca estupa de un monasterio sobre la más elevada de una serie de cinco colinas al que se accedía por una larguísima escalera que zigzagueaba por la ladera. Ahora, además de teca los camiones transportaban también hortalizas. Paramos en un merendero de carretera y nos topamos con el único grupo de españoles que habíamos visto desde que llegamos al país: seis o siete jóvenes de unos treinta años, con aspecto de profesionales de clase media. Gente acostumbrada viajar por el trópico (llevaban la ropa y el calzado adecuados) que hablaba en voz baja y no armaba bulla. “Podrían ser holandeses o suecos” le susurré a Pilar. Me gustaron. Tal vez porque me recordaron a mis hijos y porque, por un instante, me hicieron envidiar su juventud y su frescura. Nosotros no los saludamos al entrar pero al salir ellos nos dijeron adiós con la mano.

Iniciamos la ascensión a una imponente cadena montañosa. Las pendientes eran fortísimas y las curvas muy pronunciadas. Con frecuencia el asfalto desaparecía y el piso de arena de la carretera se alzaba ante nosotros formando espesas nubes de polvo. Shew detuvo la furgoneta en un pequeño mirador desde donde se divisaba la planicie que acabábamos de dejar. Desplegó la mesita y las sillas y, además del té, nos ofreció galletitas saladas, plum-cake, mermelada de fresa, mantequilla de cacahuete y mangos. Le pregunté si celebrábamos algo pero él sonrió y negó con la cabeza. Por vez primera reparé en que la mesita era una mesita de juegos infantiles con las letras del alfabeto birmano y los nombres de las cifras en inglés pintadas con tinta azul en un damero dibujado en la superficie. “Es de mi hijos” dijo Shew, al ver cómo la miraba. Disfrutamos el pic-nic como si de un selecto brunch en el Palace se tratara. A nuestra espalda, los camiones que trepaban la cuesta

jadeaban como si estuvieran en las últimas y nos regalaban sus particulares nubes de polvo.

La carretera empeoró al cruzar la divisoria de la provincia de Shan, la más extensa y oriental de Mynamar, y subir hacia Kalow. Los árboles de teca y de banano le fueron dejando el sitio a las coníferas. Que Kalow fue un lugar de descanso para los colonialistas británicos se notaba enseguida: en la ancha avenida de entrada, en la estación de ferrocarril, en el trazado de las calles, en las casas de fachadas blancas, balconadas de madera y tejados a dos aguas, en las tiendas de antigüedades, en los anuncios del campo de golf. Gran parte de los comercios de la calle principal conservaban sus originarios nombres indios. Mientras caminábamos hacia el hotel, Martín e Isabel discutieron por lo que Pilar y a mí nos parecía una nimiedad y en cierto momento él se dio media vuelta y desapareció calle abajo sin decir palabra. Ya les habíamos visto discutir antes pero era la primera vez que Martín hacía una cosa así.

La recepcionista del hotel, una mujer de mediana edad y pelo negrísimo, vestía un ajustado traje de seda roja de claras reminiscencias chinas y al hablar enseñaba una dentadura con varias piezas de oro. Aseguraba estar aprendiendo español y repetía como una cotorra cuanto le decíamos. Probablemente no entendía ni la mitad de lo que hablaba pero su pronunciación era aceptable y le animamos a que siguiera. Estábamos agotados, ya era casi de noche y la iluminación de la ciudad no parecía hallarse en su mejor momento así que preferimos cenar en el hotel. Para nuestro asombro la carta del restaurante incluía paella, gazpacho y fabada asturiana. Justo cuando nos disponíamos a ordenar reapareció Martín y se sentó con nosotros como si tal cosa. Isabel hizo una mueca y fingió ignorarlo.

Durante la cena ella habló con nosotros, nosotros hablamos con los dos y cada uno de ellos habló con nosotros pero no se hablaron entre ellos. Terminado el postre Pilar y yo nos retiramos enseguida, dándoles la oportunidad de arreglar sus asuntos a solas. No nos sorprendía que discutieran - también nosotros lo hacíamos - sino su desinhibición para escenificar sus discusiones en público. Pilar y yo siempre hemos sido muy pudorosos en eso. Sobre todo yo.

Las paredes de la habitación estaban recubiertas con listones de madera barnizada, la misma con que se habían fabricado la cama y los muebles. Dos o tres viejas litografías de paisajes nevados en las paredes le daban al conjunto un aire de antiguo albergue suizo venido a menos. Antes de acostarme me acerqué a la ventana y comprobé el mosquitero: estaba intacto. Ese lado del edificio no daba al lago sino a una montaña en cuya cima, a juzgar por lo que decían sendos carteles en birmano e inglés, se alzaba una pagoda. Una estrecha escalera ascendía por la ladera iluminada con farolillos, cenefas fosforescentes y neones multicolores. Más que a un lugar de recogimiento y oración parecía conducir a una feria de pueblo.

Por la mañana desayunamos en la terraza del hotel disfrutando de unas espléndidas vistas sobre la ciudad y la extensa planicie que extendía bajo ella. Al parecer nuestros amigos habían solventado sus diferencias, estábamos todos de excelente, y tras pagar la cuenta y supervisar la carga del equipaje, decidimos caminar un trecho por la carretera mientras Shew y su hermano nos seguían a lo lejos en la furgoneta. Aunque era domingo, la mayor parte de las tiendas estaba abierta y había un creciente tráfico de carros, motos, bicicletas y autobuses todavía más viejos y sobrecargados que de costumbre. “La feria semanal se celebra hoy no lejos de aquí” nos había dicho Shew “Viene gente

de los Kachin, de los Pa-Oh y de las otras tribus de las montañas”. Y explicó que a los Pa-Oh era fácil distinguirlos porque el traje tradicional de las mujeres es negro e incluye enrollarse una toalla de felpa multicolor en la cabeza. Muchos chicos jóvenes lucían cascos y emblemas de la segunda guerra mundial (nazis, japonesas o norteamericanas indistintamente) y todo el mundo parecía tener prisa por llegar a alguna parte.

Sintiéndose sin duda en deuda por el “té con camiones y polvo” de la mañana anterior, Shwe se las arregló para parar a las once en un mirador suficientemente apartado de la carretera desde donde tuvimos una panorámica soberbia del valle del Lago Inle. Aquello nos reforzó el optimismo y durante la siguiente media hora le ayudamos a aumentar su escasísimo vocabulario español (Lion=León; Owl=Búho) y le cantamos a coro lo de “Para ser conductor de primera...”. Él lo iba grabando todo en una pequeña grabadora portátil y nos lo hacía escuchar a continuación, preguntándonos en su inglés de trapo el significado de cada frase. Con cada traducción mía el jolgorio aumentaba.

Cruzamos primero otra cadena montañosa y luego el extremo norte del valle del río Inle, y llegamos por fin a Taunggyi, capital del estado Shan. Construida por los ingleses para sede del gobierno y del parlamento del pueblo Shan, todavía conserva algunos vestigios de ese pasado pero la impresión dominante es la de una ciudad que ha crecido muy deprisa en los últimos tiempos. Ahora alberga una pujante industria de transformación, almacenaje y distribución de productos agrícolas (con fuerte presencia china), la administración regional e importantes unidades del ejército (hasta mediados de los años 90 un autodenominado Ejército de liberación Shan controlaba las vías de comunicación - y la producción de opio – desde poco más allá de Hopong –

a treinta y cinco kilómetros al este de Taunggyi – hasta la frontera con Tailandia).

La carretera ascendía sin parar y se continuaba en una amplia avenida central flanqueada por almacenes, industrias, escuelas, institutos, mercados, edificios oficiales y, cómo no, monasterios. Entramos en uno de ellos coincidiendo con la hora del estudio. Sesenta o setenta monjes se inclinaban sobre sus libros en una gran sala corrida. Chicos de entre quince y veinte años con la cabeza rapada y con túnicas de color azafrán vigilados por un monje veterano. Hicimos algunas fotos y a la salida contemplamos la vista del valle desde la terraza de entrada. Poco después nos paramos en otro templo aún más elevado desde cuyas terrazas la panorámica era aún más impresionante, y seguimos luego hacia el centro. Taunggyi es una ciudad de tamaño mediano, de unos 200.000 habitantes, y su trazado urbano semeja al de un largo balcón colgado sobre la alta ladera de la montaña que cierra el valle del Inle por el noroeste. Tras callejear un rato llegamos a una conclusión unánime: la presencia china era muy evidente en Taunggyi.

Reiniciamos la marcha y durante las siguientes dos horas y media bajamos hacia el lago por una carretera serpenteante entre cultivos de maíz, de soja y de hortalizas. En Inle tomamos un almuerzo breve a base de sándwiches y panqueques de cebolla, tomate y queso. Bebimos lassi de frutas bien frío y a eso de las cuatro embarcamos en dos canoas. En la de delante viajaban Isabel y Martín y la conducía una esbelta joven que remaba al estilo tradicional, es decir, de pie en la proa y sujetando un extremo del largo remo con una mano y el otro con la pierna y el pie del mismo lado: una postura de equilibrio imposible

para cualquiera excepto para los habitantes de este lago y que la muchacha mantenía con singular maestría.

Navegamos un ancho canal por el que discurría un tráfico bastante denso de barcas de casco negro y motor fuera-borda repletas de mercancías y personas. Tomamos luego un canal a la derecha y a continuación otro, más estrecho, a la izquierda y salimos a unos campos anegados, la mayoría arrozales. Las aguas eran claras y poco profundas y los fondos inquietantemente oscuros, tapizados por plantas muy verdes y muy negras. Recordé lo que decía la guía sobre el modo en que los Intha organizan sus jardines y huertos, y flotantes y me pregunté si lo que brotaba de los fondos no sería la primera fase de aquellos cultivos lacustres. Aquí y allá se veían manojos matas de arroz puestas a secar atacadas por ruidosas bandadas de pájaros.

Tomamos otro canal que nos metió de lleno un poblado lacustre. Casitas de madera y caña trenzada de una sola planta sostenidas por estacas. Había algunas de dos pisos, la mayoría sosteniéndose en equilibrio circense. De vez en cuando se veía alguna más sólida cimentada con lodo y tierra. En los bajos gallinas, patos, barcas, aperos de pesca y grandes cestas planas con arroz puesto a secar. Hombres y mujeres lavándose en los canales. Niños nadando. Nos cruzamos con las barcas de un pescador de anguilas, de un vendedor de chuches, de un monje pidiendo limosna y llamando a la oración, y también con la balsa de un lugareño que transporta cerdos. A través de las ventanas de una escuelita pintada de azul cuatro o cinco niños nos saludaron alborozados. Gritaban “Mingalabar” y “Tata, tata” mientras desde la casa contigua un hombre

nos enfocaba con unos prismáticos de campaña y una mujer lavaba ropa al pié de la escalera en un barreño de plástico.

Apenas salíamos de un poblado y ya entrábamos en otro. Shew nos dijo que había unos 200 asentamientos en torno al lago, la mayoría en esta zona. Vimos dos o tres casas nuevas pintadas de amarillo y de verde, postes con cables, bombillas eléctricas y, aquí y allá, altavoces de los que emanaba una salmodia rítmica, posiblemente un sermón religioso. Según Shew el predicador proponía no ceder a la risa porque eso significaba ceder a los deseos y complicaría la siguiente reencarnación. Me asombró que viviendo como vivían (no entendía por qué la guía afirmaba que los Intha eran una comunidad próspera) esta gente pudiera reír todo el tiempo, y me irritó sobremanera el empeño del predicador en que dejaran de hacerlo. Pensé en Umberto Eco y en el manuscrito oculto en la biblioteca de la abadía donde situó “El nombre de la rosa” y me sublevó que, como en la Europa medieval (y en tantos otros lugares y épocas), también aquí la religión siguiera siendo incompatible con la risa.

De repente nos descubrí regresando al embarcadero de donde habíamos salido. El recorrido había sido circular pero, absorbidos por lo que veíamos, no nos habíamos enterado. Shew nos condujo hasta la lancha larga del hotel donde su hermano ya se había ocupado de cargar nuestros equipajes. Nada más partir cayó un breve chubasco y a continuación el cielo se despejó. Una suave brisa, alta y limpia, barrió la superficie del lago. El paisaje de veloces nubes plumizas, aguas cristalinas reflejando el cielo y últimos rayos del sol sobre las montañas de Kalow me pareció único y los contrastes inolvidables.

Abandonamos el canal y salimos al lago con las primeras oscuridades del ocaso. Lejana e inmóvil, la barca de un pescador contrapunteaba una superficie azul, gris, rosa y negra. Soledad, calma, belleza. Martín y Pilar disparaban sus cámaras tratando de retener aquella luz prodigiosa. Era un mundo único y remoto, y nos extasió. Desde entonces una sola palabra acude a mi mente cada vez que lo recuerdo: pureza. Una pureza mineral y transparente hecha de algo más fino y sutil, y al mismo tiempo más consistente, que el ambiente despejado por la lluvia y el aire limpio de una cuenca elevada (el lago Inle está a 800 metros de altura). A medida que nos alejábamos de la orilla y el cielo, el agua y las nubes nos rodeaban, recordé otro viaje (desde la ciudad de la Antigua a Sololá), otro país (Guatemala), otro lago (Atitlán). Habían pasado quince años y muchas cosas. Sentí como si un gran viaje empezado mucho antes de aquél otro que a mediados de los años ochenta me llevó a pernoctar en un modesto hotel de Panajachel y a despertarme a la mañana siguiente comido por los mosquitos para subir hasta Chichicastenango con dos mujeres y tres niños pequeños que no eran nada mío, estuviera tocando a su fin, como si un amplio ciclo vital de cuya naturaleza y alcance había empezado a ser consciente hacía relativamente poco, se estuviera cerrando.

Entramos al hotel por el embarcadero, atacados por una densa nube de mosquitos tan grandes como los guatemaltecos y otra, casi tan densa pero más amable, de solícitos empleados. No era el hotel que Pilar y yo hubiéramos elegido pero en éste la habitación costaba 35USD y en el otro, situado en la parcela contigua, más de 100. Cenamos en un comedor inmenso donde solo había otra pareja, un gordo hombre de negocios chino y una lánguida

muchacha birmana, y después fuimos a tomar una copa y a curiosear en el hotel de al lado. En el bar nos topamos con otro grupo españoles, tres parejas de mediana edad, con quienes cambiamos unas frases de cortesía. A diferencia del grupo de la mañana estos iban inadecuadamente vestidos y sus ademanes eran groseros y ruidosos. “El prototipo de rico reciente” le susurré irritado a Pilar “Probablemente constructores de la costa”.

Mientras bebíamos jugos de colores en vasos altísimos y tiritábamos de frío por el aire acondicionado, nos dedicamos a seleccionar nuestro mejor momento del día. “Los contraluces del atardecer sobre las montañas de Taunggy” dije yo. “El recorrido por los canales” dijo Martín. “El paseo en barca por el lago mientras caía la noche” dijo Pilar. “La visión de las luces del hotel en la lejanía y la llegada al embarcadero” remató Isabel. Aunque llevábamos en la zona del lago Inle poco más de tres horas, a ninguno nos sorprendió que todos ellos tuvieran que ver con el lago.